

Beni Kainokaa, que se rindieron á discrecion, saliendo trescientos armados y cuatrocientos sin armas. Mahoma queria que se les matara; pero Ben Ebi Seluk, que era amigo de ellos, intercedió á su favor, y colocando la mano en el corazon del Profeta, dijo: *¡Dame la vida de mis amigos! — ¡Ay de ti! ¡déjame andar!* gritó Mahoma, y como Ben Ebi no cedia de su empeño, Mahoma los concedió la libertad con esta imprecacion: *¡Dejadlos libres; maldígalos Dios!* No se les permitió detenerse arriba de tres dias. Ibadet Ben Samit que, lo mismo que Ibn Seluk, era su amigo, pero los habia abandonado despues del sitio del castillo, condujo á los emigrados á Esraat en Siria. Sus armas se repartieron como botin, no tocando al Profeta mas que el quinto.

Muy distinta y por demas odiosa fué la mision de que se encargó Selim, hijo de Omeir, á saber: asesinar pérfidamente al Judío Ebu Aas, que es como decir el padre de la estupidez, anciano de mas de cien años. La autoridad de su vejez y su mucha elocuencia daba gran fuerza á las palabras con que excitaba á sus correligionarios contra Mahoma. *¿Quién me libra de ese miserable?* dijo el Profeta. Y el hijo de Omeir asesinó por la noche á la indicada víctima mientras dormia; y los historiadores musulmanes honran con el nombre de mision á su asesinato, como el de la hebrea satírica y otros dos posteriores.

Las dos expediciones siguientes, una de Eumar, ó Siemr con cuatrocientos hombres contra los Beni Gatfan, y la otra de Boran con trescientos contra los Beni Selim, fueron incruentas; solo que la primera es famosa por la tentativa frustrada de Daassur (uno de los Beni Gatfan) para asesinar á Mahoma. Atacó espada en mano al Profeta, que descansaba en el monte; pero intimidado por su mirada y dignidad, no pudo dar el golpe. Se limitó á decir: *¿Quién me impide ahora matarte?* — *Dios, la mejor de las guardias,* respondió el Profeta, y derribó en tierra á Daassur de un puñetazo. En seguida agitó el sable sobre la cabeza de su enemigo, diciendo: *¿Quién me impide ahora matarte?* Y este respondió, como musulman: *Confieso que no hay mas Dios que Dios, y que Mahoma es su profeta.*

Á média hora larga de Medina, por la parte del Norte, hay un monte que, á causa de su posicion aislada, se llama Ohod, esto es, *huérfano*, y que se ha hecho para siempre célebre con la única gran derrota de Mahoma. Los jefes de los Coreischitas vencidos en Bedr, Abdallah, hijo de Rebia, Akarma, hijo del Padre de la ignorancia, y Sifwan, hijo de Omeya, estimulaban el pundonor de sus compatriotas con el grito de guerra que hoy mismo repiten los Beduinos: *¡La venganza, la venganza, no el deshonor! ¡El incendio, el incendio, no la infamia!* Propusieron gastar en preparativos de una expedicion contra Mahoma la ganancia de las mercancías traídas de Siria en la última

caravana, que subió á seis mil monedas de oro. El partido fué aceptado, Sifwan, hijo de Omeya, prometió la mano de su hija al poeta Ebi Asa, aquel á quien Mahoma concedió la vida despues de la batalla de Bedr, con tal que, á pesar de la palabra empeñada, inflamase la tribu al combate. Schebir, hijo de Molaim, cuyo sobrino habia sucumbido á manos de Amsa en la batalla de Bedr, prometió la libertad á su esclavo abisinio Waschi, esto es, el salvaje, si vengaba á su sobrino matando á Amsa. Tambien las mujeres tomaron parte en la irritacion de los maridos, y les siguieron al campo en camellos. Ebi Sofian, principal instigador de la empresa, partió á la cabeza de tres mil Coreischitas, y junto al Monte Abeschi, en la parte inferior del territorio de la Meca, se unió con las tribus coligadas de los Beni-Mostalak y Beni-Aun. Habia en el ejército setecientos coraceros, doscientos caballos y tres mil camellos. Acamparon en Sul-Alifet, frente á Medina. Cuando pasaron por delante de Abre, Ind, esposa de Ebi Sofian, hija de Odbe, muerto por Amsa en la batalla de Bedr, una de las mujeres mas vengativas y sanguinarias que menciona la historia del islamismo, queria sacar del sepulcro los huesos de la madre de Mahoma; pero la tribu de los Beni Cosaa, en cuyo territorio estaba sepultada, impidió aquella profanacion, fundándose en que entónces ni aun los sepulcros de los mayores estarian en lo sucesivo seguros. Mahoma, informado del número de los enemigos, y asustado por un sueño, propuso á los suyos no salir al campo, sino fortificarse en Medina. Pero los jóvenes que no habian tomado parte en la victoria y el botin de Bedr, pedian á voz en grito que se les condujese contra el enemigo; y así Mahoma dió, á su pesar, la orden de marcha. Abu-Bekr y Omar le pusieron dos corazas, una sobre otra. Al ir á partir, como algunos propusiesen de nuevo permanecer en la ciudad, Mahoma contestó: « Os he aconsejado defender á Medina; pero vosotros me habéis inducido á tomar una resolucion contraria, y que es preciso llevar á cabo. No conviene á un Profeta deponer las armas, una vez empuñadas, antes de haber combatido con los enemigos de la fe y conocido en el campo de batalla cuál es la voluntad del Señor. »

Tres banderas distinguian á las tres divisiones del ejército musulman; los Beni-Aus y los Beni-Schava, dos tribus de Medina amigas de Mahoma, y los que emigraron con él de la Meca. La bandera de estos la habia confiado Mahoma, primero á su yerno Alí; pero oyendo decir que Taki, portaestandarte de los enemigos, era de la familia de Abdeddar, la quitó á Alí y la entregó á Mossaah Ben-Omeir, de la misma familia que Taki. El ejército de los musulmanes consistia en mil hombres, esto es, setecientos entre emigrados y auxiliares, y trescientos Hebreos mandados por el hijo de Ebi-Ben-Seluk. Cuando las tropas llegaron al paso de Saschin,

Mahoma despidió á todos los menores de quince años, á excepcion de Rafii-Ben-Cadisa, de catorce, excelente arquero. Entónces se adelantó Scheudeb-Ben-Semret, que tenia la misma edad, y pidió igual favor, porque era mas fuerte que Ben-Cadisa y le habia vencido en la lucha. Lucharon delante del Profeta, y Ben-Semret siguió, como vencedor, en el ejército. Durante la noche, el hijo de Ebi-Ben-Seluk se volvió con sus trescientos Hebreos á Medina. Esta disminucion de las tropas engendró discordias: los Beni-Arisa, de la tribu Aus, y los Beni-Selma, de la tribu Scharesc, disputaron sobre si debian marcharse ó combatir, y estuvieron á pique de llegar á las manos.

Para no encontrarse con los enemigos, fué necesario tomar un camino lateral, que pasaba por en medio de los ganados de los Beni-Arisa. Entónces Morebba-Ben-Cobli, ciego, se levantó y empezó á injuriar al Profeta por semejante invasion. Los musulmanes querian hacerle saltar la cabeza del cuello; pero Mahoma gritó: *¡No le matéis! Es ciego, ciego de corazon y de rostro.* Por la noche acamparon al pié del Monte Ohod, de modo que tenia á este á la espalda y Medina enfrente. Concluida la oracion de la mañana, el Profeta les dirigió estas palabras: « El santo ángel (Gabriel) me inspiró en el corazon: nadie muere hasta no completar todos los medios de su subsistencia, de modo que ninguno falte, y aunque se los haya proporcionado con lentitud. Temed á Dios vuestro señor, y buscad los medios de subsistencia de un modo digno, á fin de que no se os impute la demora, ó que no los deis con ofensa de Dios. El creyente es al creyente como la cabeza al cuerpo; si aquella duele, todo el cuerpo se pone lánguido. Dios os salve. »

Á la derecha habia un pequeño desfiladero, que permitia á los enemigos poder atacar á los musulmanes por la espalda; y se encargó su custodia á cincuenta hombres, al mando de Abdollah-Ben-Schebir. Capitaneaba el ala derecha del enemigo Schalid-Ben-Welid y la izquierda Akarma, hijo de Ebu-Schel, contra quien colocó Mahoma á Sobeir-Ben-Awam. El grito de batalla de los musulmanes era: *¡Pueblo! ¡Pueblo!* Mahoma esgrimia una espada, en que se se leían estas palabras: « En la cobardía está » la infamia, en el ataque el honor; el cobarde » no puede sustraerse á su destino. » Habiéndole rogado Ebu-Seschan que le cediese esta espada, para destruir con ella las tropas enemigas, Mahoma se la entregó. Ebu-Seschan se ciñó la frente con una cinta roja, signo de la muerte, y se lanzó contra los enemigos cantando: « Soy aquel que confia en el amigo, que niere las palmeras con la espada. Este mundo no puede subsistir, pues lo hiero con la espada del Señor. »

Ertase, hijo de Scherschil, y Talha, portaestandarte enemigo, desafiaron á los musulmanes; pero saliendo contra ellos los dos héroes del islamismo, Amsa y Alí, los hicieron peda-

zos. Osman, hermano de Talha, quitó á este de la mano, junto con la bandera, la espada, para vengar su muerte, y cayó bajo los golpes de Amsa. Cuando los cincuenta que custodiaban el desfiladero vieron estas ventajas, ansiosos de botin abandonaron el puesto que se les habia confiado; en vano los llamó su jefe Abdollah-Ben-Schebir; Schalid-Ben-Welid y Akarma, que empezaban ya á cejar, acudieron á aquella parte. El esclavo Waschi espizó el momento oportuno, y asesinó á Amsa, el héroe del islam, mientras que Ansala, otro héroe de los musulmanes, caía á manos de Schedad. *Los ángeles,* dijo Mahoma cuando cayó Ansala, *le lavarán en el paraíso.* Por todos lados sucumbian musulmanes al filo de la espada de los enemigos: solo catorce se mantuvieron firmes junto al Profeta. Ibn-Camige le arrojó una piedra; y Mahoma, limpiándose la sangre que le brotaba de la cabeza, contestó á la pedrada con esta imprecacion: *¡Dios te aniquile!* Poco despues Ibn-Camige caía precipitado de la cima de una roca. Otbe-Ben-Ebi-Wakkas, enemigo mortal del Profeta, y hermano de Saad, uno de sus amigos mas sinceros, lanzó tambien una piedra á Mahoma, que le rompió los cuatro dientes incisivos de la mandíbula inferior. Ind, la vengativa esposa de Ebi Sofian, arrancó el corazon á Amsa, que habia matado en Bedr á su padre, y empezó á comérselo, hasta que la repugnancia de la naturaleza, mas fuerte que la venganza, la obligó á arrojar el pedazo que habia comido, Mahoma, defendido por la espada de Alí y de Talha, hijo de Obeidollah, homónimo del portaestandarte de los Coreischitas, se refugió en Medina. En un valle del Monte Ohod lavó sus heridas, y dijo la oracion de medio dia, no en pié, como está prescrito, sino sentado, á causa de su postracion. Ebi-Sofian volvió vencedor á la Meca con su ejército, y situado en una de las cimas de los siete montes, cantó el himno de la victoria: « ¡Bien! ¡Vuestra es la batalla! ¡Esta jornada ha compensado la de Bedr! ¡Honra á Obaln en las alturas! »

En cuanto Mahoma llegó á Medina, preguntó por Ibu-Selma. Saad-Ben-Rebiaa, que fué en su busca, le encontró próximo á espirar, bajo un monton de cadáveres, y habiéndole anunciado la pregunta del Profeta, el moribundo dijo: « Dios le recompense, otorgándole los mayores bienes que puedan concederse á un profeta, » y murió. Cuando Mahoma supo la muerte de Amsa, juró vengarle con la de setenta Coreischitas. Los muertos fueron sepultados, y Mahoma dijo: « ¡Os aseguro que no hay un solo herido entre ellos que Dios no envíe el día de la resurreccion con las heridas oliendo á almizcle! ¡Envolvedlos en sus heridas! » Á muchos se les sepultó sin lavarlos. Habian perecido tantos musulmanes como Coreischitas; juró el Profeta inmolar en venganza de la muerte de Amsa, esto es, setenta; todos, ménos cuatro, auxiliares de Medina; de parte de los Coreischitas quedaron en el campo veintitres.

Al combate de Ohod se refieren los siguientes versos del Coran, que quita toda culpa a los fugitivos, atribuyéndola a las sugerencias de Satanás: « Cuando (en la jornada de Ohod) huyendo subisteis los montes sin mirar atrás, y el Profeta llamó a los últimos de vosotros, entonces Dios os envió aflicción sobre aflicción, porque no os afanéis por el botín de que os privó ni de las desgracias que os sucedieron. Dios sabe muy bien las cosas reprobables que hicisteis. Los que volvieron las espaldas el día del combate, fueron seducidos por Satanás a causa de sus pecados, Dios los ha perdonado porque es clementísimo. »

Al día siguiente Mahoma dió a entender que su firmeza no vacilaba ante la adversidad, yendo con alguna gente a Amrol-Esed (leones rojos), aldea situada a ocho millas de Medina. Todo el resultado de este santo combate consistió en la muerte del poeta Ebi Asa, quien, habiendo conseguido se le perdonase la vida después de la batalla de Bedr, violó sus promesas excitando a los Coreischitas a la de Ohod. Cayó en poder de la tropa de Mahoma, y como el poeta pidiese segunda vez la vida, Mahoma le dió aquella respuesta que la tradición ha conservado y que se usa ya a modo de proverbio: *No se ofende al creyente dos veces de un solo golpe.*

Si esta muerte de un poeta que quebrantó su palabra no merece el honroso nombre de combate santo, mucho menos merecen el de expedición los dos siguientes asesinatos, mas infames que los que van referidos, en especial el del rabino Caab-Ben-Esref, de la tribu Aus, uno de los hombres mas doctos y ricos entre los Hebreos. Benéfico y elocuente, y por esto amado de la tribu, y sobre todo de las mujeres, se habia ligado, en union de setenta Judíos de la Meca, con Ebi-Sofian y con los jefes de los Coreischitas; y como se le preguntase a qué culto, siendo tan docto, daba la preferencia, si al nuevo de Mahoma, ó al antiguo de Obal y de Asa, se declaró favorable al último. Añadióse a esto la culpa, segun Mahoma muy reprehensible, de haber llorado en sus elegías a los que perecieron en Bedr, y de haberle satirizado a él, exponiéndole a la burla de las mujeres.

Al oír la invitación de Mahoma: *¿Qué valiente matará a Caab-Ben-Esref?* Ben-Moslemz., sobrino de este, se ofreció a asesinar a su tío; el Profeta hizo que le acompañasen Ebu-Naile y tres miserables mas, nombrándole jefe de esta expedición de cinco asesinos. Fué con ellos un rato estimulándolos a cometer aquel crimen, y los dejó en Balkii con estas palabras: *¡Ahora id en nombre de Dios; Dios os ayude!* Los asesinos se presentaron a su víctima como apóstatas del islam que deseaban unirse a él. Caab-Ben-Esref, no fiándose, pidió en prenda de la verdad de su proposición, primero sus mujeres y luego sus hijos. Ebu-Nail, que era respecto de Ben-Moslema lo que Ulises respecto de Ajax, contestó, que el dar en rehenes a las mujeres era no solo deshonesto, segun las ideas de lo

Árabes, sino tambien peligroso, tratándose de un hombre tan guapo y feliz con el bello sexo como él; y le ofrecieron sus armas en prenda de sinceridad. La magnanimidad y la vanidad halagada de Caab se contentaron con la oferta. Por la noche, mientras paseaban a la luna cerca del castillo de Caab, le dijo Ebu-Nail: « Tus cabellos huelen delicadamente; deja que perfume mis manos tocándolos. — Tienes razón, contestó el vano Caab; ¡los mas preciosos perfumes y las mas hermosas mujeres de Arabia son mías! » y dejó que Ebu-Nail pusiese las manos en sus cabellos; el cual, tirando hacia atrás, le derribó en el suelo y los asesinos le cayeron encima. Al día siguiente se presentaron al que los habia enviado, y Ben-Moslema arrojó a los pies del Profeta la cabeza de su enemigo.

Este heroísmo del asesinato ejecutado por uno de los Beni-Aus excitó la envidia de los Beni-Schiarces, que no ménos adictos al Profeta que los Beni-Aus, quisieron tambien adquirir para con Mahoma el mérito de un asesinato. Tres de ellos eligieron por víctima a Ebu-Raffi, rico mercader hebreo que habitaba un fuerte castillo en el territorio de Schiaber, confines del Edjiar. Los asesinos se introdujeron furtivamente por la noche en el castillo, a cuyo amo un narrador de anécdotas acaba de conciliar el sueño en la azotea. Esperando a que estuviese dormido y su casa en silencio, llevaron a cabo su obra. Así los primeros auxiliares de Mahoma, los Beni-Aus y los Beni-Schiarces, competían en asesinatos.

La siguiente expedición fué de saqueo de caravana. Seid-Ben-Arise, enviado con cien hombres, la encontró en Nescd, y el botín fué abundante: la quinta parte del Profeta importó veinte mil dracmas; las otros ochenta mil se repartieron entre los campeones, a cada uno de los cuales tocaron mil dracmas. No tuvo tan buen éxito la expedición al rio Regii, en el territorio de los Beni-Udeil, adonde Mahoma envió a Aassim-Ben-Sabi con nueve compañeros para adquirir noticias acerca de los Coreischitas. Una mujer de la estirpe de los Beni-Lahyan, que pastaba allí sus rebaños, conoció por los hucos de los dátiles que comían los exploradores que eran de Medina, y descubrió de este modo su presencia. Los Beni-Udeil rodearon el monte donde se habian refugiado; siete fueron muertos a flechazos y tres se rindieron. Schiabib, uno de estos, fué vendido en la Meca, y lo compró Sifwan, hijo de Omeya, el cual disfrutó la venganza del suplicio hasta que espirasen los meses santos. Cuando condujeron a Schiabib al lugar del suplicio, oró: « ¡Dios mio, dijo, cuéntalos, y no dejes ni uno, y mátalos dispersos! » Desde entonces, la oración y dos reverencias ántes de las ejecuciones han quedado como *sunna*, esto es, precepto santificado. Igualmente desgraciada fué la expedición nombrada de los lectores del Coran ó del pozo Manna. Aamir-Ben-Malik, el

justador, era jefe de los Beni-Aamir y tío de Aamir Ben Tofail. Tanto el tío como el sobrino tenían clara fama entre los valientes de la Arabia. El justador habia ido a Medina, y por invitación suya envió Mahoma a Amru-Ben-Monser, con diez lectores del Coran, al territorio de los Beni-Aamir, para convertirlos al islamismo. El sobrino, que no pensaba como el tío, abandonó a los misioneros a las tribus Raal, Sekivan y Assige, las cuales se reunieron en el pozo Manna y los mataron. Aamir-Ben-Tofail concedió la vida únicamente a Amru, en consideración al parentesco materno. Cuando Mahoma recibió la triste nueva, dijo: « Esta es obra del padre de la emancipación, porque lo hice a pesar mio; » y maldijo a las cinco tribus Raal, Sekwan, Assige, Beni-Selim y Beni-Laagin.

Tambien se llama expedición el asesinato cometido a instigación de Mahoma por Abdollah-Ben-Enis en la persona de Sofian-Ben-Schaliid. Introdujose diestramente en casa de Sofian, fingiéndose enemigo del Profeta y de la tribu de los Beni-Cosaa. Cuando se presentó a Mahoma, después de perpetrado el crimen, este le preguntó: *¿Está sano tu rostro?* — *Sano está el tuyo, ¡oh enviado de Dios!* respondió el homicida, arrojando a sus pies la cabeza del enemigo. *De ese modo (dijo Mahoma) vas por el camino mas corto al paraíso, y los que van por el camino mas corto son pocos.* Dió al homicida un baston, que este dispuso en su testamento fuese sepultado con él, para que le guiase por el camino mas corto al paraíso. Así, pues, en el islam, el camino mas corto del paraíso es el asesinato, y el mas largo las expediciones en campo abierto, como la que de orden de Mahoma emprendió Ebu-Selma-Abdollah con ciento cincuenta hombres contra los Beni-Esed; mató tres pastores, y robó mas de tres mil cabezas de ganado, tocando en el reparto del botín, deducido el quinto del Profeta, diez y siete de cada uno.

Entre estas expediciones hubo dos matrimonios y dos nacimientos en casa del Profeta. No habiéndole dado hijos ni Suda ni la predilecta Ayesa, aumentó el número de sus mujeres casándose con Seineb, hija de Osaima, de los Beni Ilal, y con Afsa, hija de su primer yerno Osman, a quien dió por segunda mujer su hija Omm Kolsun. Seineb, apellidada por su beneficencia *madre de los huérfanos*, murió a los dos ó tres meses. Osman, por haber sido dos veces yerno de su yerno, obtuvo el honroso título de *dotado de dos luces*. El mismo año que se verificaron estas dobles nupcias, nació al Profeta de su hija Fátima el primer nieto Asan, y al año siguiente Osain.

Tuvo tambien la satisfacción de ver cumplida la palabra dada a Ebi Sofian, después del combate de Bedr, asegurándole que le encontraría allí otra vez. Con motivo del mercado de Bedr, Mahoma esperó al frente de mil quinientos hombres y diez caballos las tropas de la Meca,

conducidas contra él por Ebi Sofian. Pero habiéndose retirado estos sin atacarle y no habiendo comido aquellos durante su ausencia mas que polenta, los de la Meca la denominaron por desprecio la expedición de *la polenta*. Mahoma después de haber protegido ocho dias la venta de las mercancías de los suyos, volvió a Medina.

Una perfidia de los Hebreos Beni Nadir, los cuales mientras que Mahoma trataba con ellos de una venganza de homicidio intentaron matarle arrojándole una piedra del techo de una casa, motivó la expedición siguiente. Mahoma quería que los Beni Nadir saliesen del territorio de Medina. El hijo de Ebi Ben Seluk mantuvo la disposición hostil de esta tribu con falsas esperanzas de socorro por su parte y por la de los Beni Carisa, los Beni Kainokaa y los Beni Gafan. En vano les aconsejaban mejor partido sus jeques Agi Ben Ahtal y Selana Ben Meskem. Mahoma marchó contra ellos, confiando como en las expediciones anteriores el gobierno de Medina a Ibn Mektum, y la bandera a Ali. Sitió durante catorce dias en su fortaleza a los Beni Nadir, que capitularon a condición de que se les dejara salir libremente con ciento diez y seis camellos cargados. No habiendo sido conquistado su territorio con las armas en la mano, no se declaró botín, sino propiedad del Profeta.

El subsiguiente combate santo fué contra las tribus árabes Beni Maarib, Beni Saaleb y Beni Ennar, y se le llama comunmente *de los pies vendados*, porque los infantes, para que no les lastimase la arena, se envolvieron los pies en pedazos de trapo; ó bien *del milagro*, porque Mahoma hizo saltar la espada de la mano a un Árabe que le atacó de improviso. Pero siendo muy fuertes sus habitaciones no se dió ningun asalto. Poco importante fué tambien la expedición a Dumetol-cendel, castillo fronterizo a quince jornadas de Medina y cinco de Damasco, porque los Beduinos, al acercarse Mahoma con mil hombres, se dispersaron. Lo mismo hicieron los auxiliares de los Beni Mostalak, rama de la tribu de los Beni Cosaa, contra quienes mató el Profeta. Aris Ben Ebi Gerar, jefe de la tribu, abandonado por sus auxiliares, fué hecho prisionero con toda su familia; de los Beni Mostalak perecieron diez, de los musulmanes uno.

Es mas importante el siguiente, llamado *del foso ó de las tribus conjuradas*, la gran batalla de los pueblos de la historia de Mahoma. Los Coreischitas, decididos a extirpar con fuerzas superiores la nueva doctrina, se coligaron con los Beni Gafan, a quienes prometieron dejar por un año la cosecha de los dátiles de Sejaber, con los Hebreos Beni Carisa, con los Beni Fesare y con los Beni Mere, en todo diez mil hombres, los cuales pusieron cerco a Medina, esperando a tomarla por asalto ú obligarla a rendirse por hambre. Mahoma rodeó la ciudad con un foso: Naufil Ben Abdollah Ben Mogaire, respetable Coreischita, esperó saltarla a caballo,

pero cayó dentro de ella. Los Coreischitas ofrecieron un considerable rescate por el cuerpo; pero el Profeta dijo: *¿Qué necesidad tenemos de dinero?* y mandó arrojarle á los perros.

En el trabajo de la defensa una piedra se resistía á todos los golpes: Mahoma cogió el hacha, y con tres golpes la hizo tres pedazos. Á cada golpe brotaron chispas de la piedra, que para el Profeta fueron tres luces: la primera le mostró en toda su magnificencia el palacio Ghamdam del rey del Yemen; la segunda iluminó el rojo palacio de Damasco, y la tercera el palacio de Cosróes en Medaid. Fundándose en estas iluminaciones, el Profeta ofreció á los creyentes la conquista de los palacios de Sanaa, de Damasco y de Medain. Los enemigos y los secretos adversarios de Medina se burlaban: « Nos promete las conquistas del Yemen, de la Siria y de la Persia, mientras morimos de hambre en Medina. » Alivió su corazón, afligido por los cuidados del asedio, con los siguientes versos que improvisó y demuestra que Mahoma conocía bien el metro, habiendo por lo tanto preferido deliberadamente en el Coran la prosa rimada. « ¡Por Dios! Él solo nos guía; él solo con presentes y oraciones nos ayuda. ¡Ah! envíanos el tranquilo reposo; afirma nuestro pié en el suelo inseguro de las batallas. Los ídólatras se han sublevado; no quieren sino el mal; ¡me son ya insoportables! » Después repitió algunas veces el final: « ¡Me son ya insoportables! ¡Me son ya insoportables! » Oyéndole, los creyentes trabajaron con nuevo celo en la defensa, y respondieron en coro: ¡Aceptemos el combate para siempre, prestemos homenaje al Señor de los profetas! » Y Mahoma replicó: « Solo en aquel mundo se encuentra el placer. ¡Oh Dios, perdona los pecados de los que se han ligado contra ti! »

Muchos habitantes de Medina desertaron, entre ellos Aus Ben Coffi con los suyos. Mahoma estaba dispuesto á escuchar las proposiciones de las tribus Gafan y Fresan que ofrecían separarse de los enemigos, si quería cederles la tercera parte de la cosecha de los dátiles de Medina. Estaba á punto de celebrar el convenio cuando comparecieron Saad Ben Mor y Saad Ben lbade, á quienes consultó en el particular, el primero se postró en tierra y dijo: « Si es revelacion divina, entonces es un mandato; si es orden del Profeta, oigamos y obedezcamos; en otro caso, nuestra espada está contra ellos. » Mahoma añadió: « Si hubiese sido inspiracion divina, no os consultara; » y se rompieron las negociaciones. El Coreischita Amru desafió tres veces á un musulman; Ali quiso todas tres salir al campo; Mahoma le detuvo dos; pero al fin él mismo le vistió con una coraza del Yemen, le puso en la mano la espada, y le acompañó orando de este modo: « ¡Dios mio! este es mi hermano y sobrino; no le abandones; ¡haz que torne salvo á mis brazos! ¡Tú eres el mejor de los misericordiosos! »

Ali mató á su enemigo, y ahuyentó á los que asistian al duelo. Entonces Mahoma puso en juego la astucia.

*La guerra es astucia;* era su expresion favorita. Naim Ben Mesud desertó de las filas enemigas y ofreció sembrar cizaña entre los coligados presentándose como uno no convertido todavía. Manifestó á los Beni Nadir, á los Beni Carisa y á los Beni Kainokaa el peligro visible de ser desterrados, hizo que los Coreischitas sospechasen de los Beni Gafan y estos de aquellos; se rompió el lazo de la concordia; además tembló la tierra y un horrible huracan devastó el campamento de los sitiadores. Pero la inundacion no causó ménos daño en Medina; solo trescientos fieles perseveraron junto al Profeta. Entonces exclamó: *¿Quién me da noticia de los enemigos?* Se le ofreció Schodáifa, y Mahoma le advirtió que no descubriese sus pasos con el estrépito de las armas, y se despidió de él con esta oracion: « ¡Vé, Dios te guarde por delante » y por detras, á derecha y á izquierda, hasta » que vuelvas á nosotros! »

Trajo la buena nueva que Ebi Sofian habia amenazado á los Coreischitas con el abandono de los Beni Carisa, induciéndolos á retirarse á pesar de las advertencias de Akarma, y que Amru y Schalid protegian con doscientos hombres la retirada. Ebi Sofian escribió á Mahoma: « En nombre de nuestros dioses, juro por Allat, Asa, Asaf, Nail y Obal. Habiendo venido contra ti con poblaciones enteras, no queria volverme ántes de exterminarte; pero veo que temes encontrarnos, y que te refugias detras de defensas, no conocidas de los Arabes ántes de ahora. Ellos conocen solo la sombra de las lanzas y la defensa de las espadas. Solo los que huyen de nuestras espadas hacen lo que tú. Te prometo una jornada como la de de Ohod. » Mahoma respondió: « En nombre de Dios clementísimo, piadosísimo, Mahoma, enviado de Dios, al escollo, hijo de la guerra. Ha llegado á nosotros tu carta y hemos leído tus vanas ilusiones. En cuanto al designio de exterminarnos, Dios decida entre tí y mí. Él hará que triunfemos, y llegará dia en que veas aniquilados á Allat, Asa, Asaf, Nail y Obal. Los hijos del vencedor se acordarán hasta de tí, ¡oh ciego! »

Levantado el sitio de Medina, Mahoma sin perder tiempo declaró la guerra á los Beni Carisa, que eran los mas próximos y peligrosos auxiliares de los Coreischitas, y salió al campo contra ellos con mas de tres mil hombres: así en el año despues de la batalla de Bedr su poder se habia decuplicado, en vez de los tres caballos de entonces, tenia treinta y seis. Ali aconsejó al Profeta que no se acercase demasiado al castillo de los Beni Carisa para no exponerse á sus insultos: « Si me ven enmudecerán, » dijo Mahoma. Se acercó al castillo y exclamó: « ¡Hermanos de armas! ¿No os ha arruinado Dios » haciendo caer sobre vosotros su venganza por » la maligna alegría de mi mal? »

El sitio duró veinticinco dias; finalmente querian entregar el castillo con la misma condicion de sus correligionarios, los Beni Nadir, y abandonar el país; pero el Profeta no aceptó sino que se rindiesen á discrecion. Salieron setecientos cincuenta hombres armados, mil entre mujeres y niños. Los Beni Aus, con quienes estaban ántes coligados los Beni Carisa, como los Beni Kainokaa con los Beni Scharesc, rogaron que se aceptase su mediacion en favor de aquellos como la del hijo de Ebi Ben Selik en favor de los Beni Kainokaa. Mahoma trasfirió el derecho de decidir sobre su vida ó su muerte á Saad Ben Moas, el cual, herido en el sitio de Medina, yacia en el hospital que se habia erigido inmediatamente en la mezquita del Profeta (hubo, pues, un hospital en el templo de Medina, cuatrocientos años ántes que en el de Jerusalem.) Saad Ben Moas, cuya natural dureza se habia aumentado á causa de las heridas de que poco despues murió, decidió que debía darse muerte á los hombres de los Beni Carisa, y en efecto todos perecieron á manos de Ali y de Soheir Ben Awam, arrojándoseles en un gran foso abierto al intento. De este modo la crueldad implacable contra los Judíos se mostró con la exterminacion de una tribu entera que se habia rendido discrecionalmente. Las armas cogidas consistieron en mil quinientas espadas, trescientas corazas, quinientos escudos y mil lanzas. Entre los esclavos que tomaron al Profeta se contó Ribane, hija de Amru, á quien ofreció su mano Mahoma; pero como la jóven insistiese en querer conservar la fe de sus padres, retiró su propuesta. Las mujeres y los hijos fueron conducidos á Nesc, ó vendidos, y el dinero se repartió entre la tropa, de manera que un soldado de á caballo recibiese el triple que uno de á pié.

La fortuna de Mahoma, que de dia en dia se mostraba mas serena y clara, merced á nuevos y repetidos triunfos, se vió entonces nublada por un desagradable acontecimiento de su harem. Su esposa Ayesa, de edad de quince años, que padecía mucho por no haber tenido hijos y haberse casado su marido con dos mujeres mas, se extravió una noche, á la vuelta del santo combate contra los Beni Mostalak, no pareciendo hasta la mañana siguiente, conducida por Sifwan Ben Moattal Eslemi. « Habia perdido (dice ella en la fuente de las tradiciones) mi collar de onix del Yemen que valia doce dracmas y salí de la litera para buscarlo. Como pesaba poco, los encargados de los camellos no advirtieron mi falta y tiraron de la litera. Cuando volví no se veía esta ni los camellos; me acosté, pues, en el terreno y pasé así la noche. Por la mañana acertó á pasar junto á mí Sifwan Ben Moattal, el cual en cuanto me conoció, hizo echar á su camello y me subió á él. »

Ni el Profeta ni sus compañeros creyeron las palabras de Ayesa; sus enemigos le motejaron al saber el caso. Ayesa se fingió enferma ó lo

estaba en realidad de vergüenza y de temor. Así duraron las cosas un mes, y al fin Mahoma decidió ponerles término. Mandando llamar á Abubekr, Omar, Osman y Ali, las cuatro columnas de su consejo, les preguntó su opinion acerca de la culpa ó de la inocencia de Ayesa. Abubekr, padre de la jóven, Osman dos veces yerno y suegro de Mahoma, y Omar opinaron que se hallaba inocente; pero Ali respondió: « Vos mismo nos habéis contado, que cuando á la entrada de la mezquita os quitásteis una vez las sandalias y encontrásteis suciedad, Gabriel os prohibió quitáros las por segunda vez. Esta respuesta, segun la cual Mahoma debía separarse de su esposa, no le fué perdonada jamas por Ayesa y costó la pérdida del califato á su familia. El Profeta adoptó el dictámen mas conforme con su honor y con la paz doméstica, y descendieron del cielo diez versículos que no dejaron duda de la inocencia de Ayesa, y amenazaron con eternos castigos á los calumniadores. Este capítulo empieza por la condenacion del adúltero y la adúltera, que es apedreada; pero tan dura como es la pena, otro tanto difícil es probar su merecimiento, pues se requieren cuatro testigos oculares; y el que acusa de una accion impura á mujeres honradas sin probarlo segun queda dicho, debe ser castigado como calumniador con ochenta palos. El honor del harem fué restablecido por el Cielo; mas para evitar en lo sucesivo la ocasion de semejantes calumnias, Mahoma publicó dos leyes: la primera, mandando que las mujeres llevasen puesto un velo; la segunda, que hallándose en lugares desiertos donde no hubiere agua para la purificacion, la hiciesen con arena; pues segun otra fuente de la tradicion, Ayesa perdió su collar, por salir en busca de agua que no se encontraba en las cercanías.

Si con los versículos bajados del cielo salvó para siempre Mahoma su honor y el de Ayesa á los ojos de los creyentes, y lo comprometió para siempre á los ojos de los infieles, esto no impidió que castigase á la adúltera esposa dándole dos nuevas rivales, una fué la hija del jeque prisionero de los Beni Mostalak que se postró ante él suplicándole en nombre de su padre. Agradó tanto al Profeta que en el momento la declaró su mujer, y Ayesa, que estaba presente, confiesa (en la tradicion) que apenas vió entrar á la hermosa Bere, su corazón se abrasó en celos. Mahoma le cambió el nombre de Bere en Coveire. La otra fué Seinele, hija de Agese, mujer de Seib, su esclavo manumitido, cuya belleza le prendó como la de la hija de Aris; y como se murmuraba por estar prohibido segun la ley del islam casarse con la esposa de su liberto, el Cielo envió un versículo exceptuando de nuevo al Profeta (cap. XXXIII, v. 36).

El año trascurrido desde el combate santo contra los Beni Carisa al siguiente que terminó con la paz de Odaibe, se ocupó en una serie de expediciones importantes solo para los genealogistas y geógrafos, á causa de los nombres de